

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 129

Declamación genial contra el sistema pernicioso de la revolución.— La virtud vengada por el doctor don Francisco Alonso Ruiz de Conejares

### LA VIRTUD VENGADA

*Declamación genial contra el sistema pernicioso de la revolución. Por el doctor don Francisco Alonso y Ruiz de Conejares*

*Quae autem scrivo, vovis ecce eoran Deo, quin non mentior. Div. Paul. Epist. Gal*

### DECLAMACIÓN

Mexicanos: ¿podrá negarse alguno todavía a los incentivos de la razón, para seguir las huellas de la impiedad? ¿Vendrá a ser el instrumento de los facciosos, cuyas ideas fantásticas, no tienen más firmeza que el polvo del camino, en el furor de los huracanes? ¿Y por qué ha de dar oído a los tremendos ecos de la impostura, permaneciendo empedernido a las plegarias tristes y doloridas de la justicia y del amor? ¿Qué iría a buscar en el seno de la desolación y de la muerte? ¡Oh! allí no está la paz encantadora que ha de colmar un día su morada de abundancia y prosperidad. El horror y la miseria, lo seguirían a todas partes, y su sangre derramada por la espada de la ley, sería el patrimonio de sus hijos y sus nietos. Ellos vendrían a detestar su memoria; lo llamarían cruel, al paso que agobiados con el peso de sus crímenes horribles maldecirían su existencia, y cubrirías sus cenizas de execración y vituperio.

¡Ah! ¿Cuál es el objeto de esa espantosa borrasca que se levanta sobre la patria, para alarmarla en contra de sus hijos? ¿La mejora de fortuna? ¿Y cómo? ¿con el saqueo de la ciudad, invadiendo las propiedades, sacrificando a los ciudadanos, y formando así la

horrible hueste de los malvados, para llevar al cabo la agresión y la ferocidad? ¿Y se ha de dar crédito a los que inspiran tales sentimientos, para llenar de luto las familias, y cubrirlas para siempre de ignominia? Sí; ¿para seducir la virtud, para marchar la fidelidad que llenó de espanto y de terror a los tiranos? ¿Quién contaba con la victoria? ¡Ah! mientras los malvados la pintarían con los más gratos y fáciles coloridos, la muerte los acechaba, y estaban sobre sus cabezas las espadas ominosas que hubieran vengado amargamente el trono y el santuario.

Ellos hablaron de la religión como si estuviera invadida para coger a los incautos y obligarlos a su defensa, para sepultarlos en su ruina. Los sorprendieron con el amor del soberano, como si fueran ultrajados sus derechos, para inflamarlos en su apoyo, y arrastrarlos a la rebelión. Dijeron de los europeos maldades inauditas, como si intentaran destruir el cetro y el altar, para despertar su celo, y envolverlos en la discordia. La guerra intestina sería el fruto de su indiscreción, y al paso que corriera en arroyos la sangre derramada, ellos holgarían con la desgracia de sus víctimas, en la hinchazón de su altanería, y en el furor sombrío de su espíritu procaz.

Mientras se consienten cerca de nosotros, se burla de nosotros. Mientras se oyen sus voces seductoras, se congratulan ellos en formar delincuentes para perderlos y sacrificarlos tristemente a los planes sanguinarios de su espíritu corrompido. Las ventajas que facilitan llevan el sello de la iniquidad; y las mejoras con que sorprenden a los débiles, serían efímeras, aún en caso de realizarlas. ¡Ah! entonces se vendría a combatir con los bizarros compatriotas, que estarían siempre al lado de la justicia para sostener ilesos el tabernáculo y la ley. Dirían ser esa su causa los facciosos; sí: pero equivocados los objetos por la perversidad de sus comuneros, la sangre inocente subiría al cielo por venganza, y sería a sus ojos como la funestidad y sombras del sepulcro.

¡Oh! ¿Por qué no se ha de reflexionar a la luz de la verdadera filosofía? Ella describe la felicidad en el ejercicio de las virtudes. En la paz se nutren y alimentan; en la paz crecen y medran; no en la guerra, no en la división. ¿Quién ama la religión? ¿Y no la ve observada y exaltada en la magnificencia de nuestros templos, en la práctica de sus misterios; y en la santidad de sus sacrificios? ¿Quién ama la patria? ¿Quién suspira por el imperio dulce y adorable de FERNANDO?... ¿Y no la ve defendida y libre ya en el campo del honor, y ceñidas de laureles las sienes del monarca? Si estos son vuestros votos, mexicanos, iguales son los del europeo; ¿contra quien se intenta pelear? Si no hay enemigos, ¿sobre qué se funda la victoria? ¿Podrán serlo acaso los que están de vuestro bando?

¡He! cuando abjurasteis las quimeras de Bayona, ¿no unieron sus voces a las vuestras, y formaron con vosotros el eco majestuoso de un solo patriotismo? Cuando os disponíais a sellar vuestro amor con vuestra sangre, ¿no os recibieron amigables en sus filas, y alternaron con vosotros en las funciones más sagradas del vasallaje y la fidelidad? Entonces la concordia dirigía los negocios; la concordia establecía el orden, y daba a la armonía el resorte más hermoso de la unión, y la confraternidad. Y cuando cerca de vosotros sonaron los clamores de la rebelión, y se hundían los collados con el horrible estrépito de las armas, ¿no fueron a vuestro lado? ¿No coronó un laurel vuestras sienes y las tuyas, en las Cruces? Sí; llevamos dijisteis, nuestros leones en triunfo y ovación, a las campañas de Aculco, a los cerros de Guanajuato, y hasta los confines de Guadalajara, ¿y no los visteis marchar alegres con vosotros, cortando nuevas palmas victoriosas, para tejer una guirnalda a vuestra frente?... ¡Oh pueblo valiente y generoso! ¿No fueron estos votos los de tus hijos beneméritos? ¿Tanta y tan grande la gloria de tus patricios inmortales?

La seducción de los malvados, sus vanos alicientes, sus quimeras todas desfiguradas con la máscara de la virtud, ¿no fueron despreciadas, holladas a sus pies, y gloriosamente defendidos el trono y la religión? ¿Descubiertos los ardides de la malevolencia y del engaño? ¿La patria idolatrada, defendida de la agresión, y puesta a cubierto de sus asaltos formidables? ¡Ay! ¿Quién fue entonces menos valiente y generoso? ¿A quién del pueblo mexicano podrán tachar sus enemigos de menos entusiasta, de menos comedido en la defensa de la patria? ¿De menos esforzado, o tan si quiera de indiferente en sus calamidades?

Tened la gloria, compatriotas, que los tiranos temblaron y se estremecieron al resplandor de vuestras virtudes. Sabed empero que juraron vengarse de vuestro patriotismo. Que si os hablan aún, y pretenden seduciros para entregar el reino a los deslices de la fortuna ciega y desalmada, sólo es para perderos en venganza de vuestra incorruptibilidad. Para agobiaros con el espanto y la calamidad en pago de vuestro pundonor. Para despigar su cólera, llenando de horror vuestras familias, destruyendo vuestros hogares, talándolos con vuestra sangre, y llevando la execración de vuestros nombres hasta las extremidades de la tierra. ¡Ah! ¿Por qué se han de escuchar sus voces fementidas? ¡Qué! ¿Promueven la felicidad? ¿Podrá encontrarse por ventura, en el imperio de la tiranía? ¿Cuándo mande la fuerza, y dicte sólo el despotismo sus leyes antojadizas, con estándolo de la razón? ¿Cuándo arrancará de nuestros brazos nuestros hijos, para inmolarlos a su gusto; y serán mandados con el azote de la esclavitud, y cuando y exaltados al chasquido horrible del sangriento látigo de la anarquía, vendrán como las fieras de los bosques, a destruirse mutuamente, y dejarán cubiertas las llanuras de sus miembros palpitantes? ¡Ay! por qué no habrá una ley que enfrene a los malvados; no habrá una que castigue al facineroso, otra al homicida, y quedarían impunes la cobarde detracción, la usurpación cruel, el insolente

latrocinio, y... ¿ya no, lo sabéis? ¿Qué entonces vuestro amor sería atropellado, su lecho prostituido, y vuestra fe ¡oh patricios! ¿Vulnerada? ¿Qué vuestras viudas serían sin arrimo profanadas, y vuestras vírgenes hermosas corrompidas? ¡Oh! ¿Qué especie de gobierno os proponen los que aborrecen toda ley, y adoran solamente las del terror y de la fuerza?...

Os levantasteis ya contra sus fautores; conocisteis sus maldades, y jurasteis destruirlos, o morir en el combate del honor. ¿Os arrepentiré de haber ganado tanta fama? ¿Podréis inclinar vuestro espíritu a las supercherías de la sedición, y la pureza de vuestros sentimientos será triunfada en fin, por sus intrigas y maquinaciones... ¿Pues no tenéis ojos para ver? ¿No palpáis su amor a la madre patria, y su adhesión imperturbable a la metrópoli? ¿No veis como minoran sus caudales para aliviar su calamidad? ¿No observáis como fijan su domicilio entre vosotros, como escogen de vuestras hijas sus consortes, y pasan a ser sus hijos vuestros nietos?

Ellos os aman, mexicanos. La sangre generosa que gira por sus venas, demanda imperiosamente vuestro amor. Ellos son vuestros padres, vuestros hermanos, amigos y conciudadanos, que forman con vosotros una familia numerosa, un solo cuerpo social, en cuya unidad de principios se apoya únicamente su conservación. ¿Dónde habrá valor para romperla? ¿Qué fuerza será bastante a desenlazar tan íntimas relaciones?

¡Cómo! ¿Invadir el gobierno, arrancar del centro su cabeza, para desunir sus miembros, y darlo todo a los horrores de la anarquía? ¿Qué especie de seducción fuera aquella, que forzara a olvidar los fueros más sagrados del corazón, para obscurecer el nombre, empuñar un acero parricida, y buscar la muerte inevitable, donde está la vida y la conservación? ¡Ah! La justicia al frente de sus guerreros ostentaba anticipadamente la victoria, y se disponía ya a marchar sobre cadáveres mutilados. La guerra iba a exterminar a los facciosos. Ya estaba abierto ante sus pies, el abismo que habla de tragarlos. ¡Oh patria!

¡oh sacrosanta patria! tus hijos corrieron luego a tu defensa, y descubiertos los rebeldes, fueron sorprendidos en el calor de su delirio.

La paz, que se miraba vacilante y a punto de marchar, aseguró su domicilio, y trocó su ropaje lúgubre, por los más hermosos atavíos de placer. Ahora, ahora conocerán los malvados su locura; rota la ilusión fatal que los adormecía para no dejarles percibir el tumulto de su corazón, ni la imbecilidad de sus ideas, ni el apoyo miserable de sus planes tumultuarios. ¡Ah! que venza la justicia a la maldad, y que ceda el oprobio a nuestra gloria.

Mexicanos: obrad siempre como bravos en la defensa de la patria, y apreciad incorruptibles la paz, la unión, y la fraternidad, que sabéis preferir honrosamente a los disturbios de la división y del rencor. Entonces el gobierno será el cimiento de vuestra seguridad; consolará vuestras quejas, indagará vuestras necesidades, prodigará a manos llenas el remedio. Será vuestro amigo, vuestro conservador, vuestro tutor y vuestro padre. Sin eso, la infelicidad vendría sobre todos, y el espanto y la de solución, para arruinar el imperio más rico y opulento, y el pueblo más sensible y pundonoroso de la tierra.

¿A. quién no le interesa su conservación? pero ella está fundada en el centro de la unidad, en la paz, en el sosiego, y en la observancia de la ley. ¿Podréis despreciar estos objetos? ¿Seréis indiferentes a los reclamos de vuestro patriotismo?... Se engañan vuestros enemigos, si cuentan aún con vuestros brazos para trastornar el orden de la sociedad, y para trataros después como esclavos al capricho de su pasión. Oíd en fin, lo que habéis de responderles, cuando os sorprendan nuevamente... “Pues bien, en útil de la patria, haremos al gobierno participante, y consultaremos a sus deliberaciones.” Luego los veréis temblar, y partir de vuestro lado deslumbrados con el esplendor de vuestras virtudes, y aterrorizados de vuestra firmeza, de vuestra lealtad y patriotismo; y vosotros habréis logrado de ésta suerte salvar la patria, el imperio, y la irreligión.

ORIGEN DE LA REBELIÓN  
POR LOS EFECTOS PRODUCIDOS, POR EL PADRE

*Fr. D. J. S.*

Cuando el inicuo olvidado de Dios expele de su mente los inmensos beneficios recibidos de su liberalidad, presta el oído a las asechanzas y falsas inspiraciones del demonio, regala a su cuerpo entregándolo a la lascivia, sacia la sed de sangre con crueles y repetidos asesinatos, colma su avaricia robando sin respeto ni aun a lo sagrado, rompiendo los estrechos lazos que lo unen a la fe católica, echando por tierra la obediencia debida a los soberanos, magistrados, padres y superiores, y aspirando a una vida libertina pone en ejecución sus designios, suelta libremente la rienda de sus pasiones, y a modo de un desbocado caballo sin considerar ni prever las funestidades y terribles éxitos de su violencia, se precipita y corre apresurado a la misma muerte, valiéndose de los medios más escandalosos e inauditos contrarios a las máximas del evangelio, repugnantes a la naturaleza, e insufribles aun a las cosas insensibles, pues si éstas fueran capaces de sentimiento bramarían de dolor y sus espantosos ayes se comunicarían por todo el globo. Si esto podemos decir de las cosas inanimadas, ¿qué aseguraremos respecto de los hombres que clara y distintamente lo perciben, y que a cada momento apuran el cáliz de su amargura? Reflexionemos sus movimientos, demos oído a sus conversaciones, pongamos atención en sus rostros y veremos en ellos el catástrofe más lastimoso, todo procedente de un principio digno de abominación; de un hombre que el fin de su carrera sería favorable a él y a la patria. Verdadera efigie del sublevado e insurgente, pues este ciego y obstinado por una infame pasión no omite medio alguno de quintos le parezcan necesarios para dar el lleno a sus depravados pensamientos. Y si esta reflexión no nos dirige en conocimiento de su malignidad fijemos la atención en los efectos producidos que físicamente

experimentamos, y con toda claridad conoceremos la causa. ¿Cuál pues será la eficiente de la guerra, hambres, miserias, efusión de sangre y tantas calamidades? ¿Cuál por la que se ve en evidente peligro la casta doncella, la miserable viuda, el padre afligido, el hijo lloroso, la esposa desamparada, los campos sin cultivo, las artes abandonadas, los comercios sin giro, el honrado ciudadano abatido, y lo que es más los señores sacerdotes columnas firmes de la Iglesia y fieles observadores de su instituto cuya dignidad excede sin comparación a la de los ángeles, despreciados, ultrajados, tenidos por los más indignos de la existencia siendo los que con más frecuencia se dirigen al templo a orar por los delitos y pecados del pueblo? ¿Cuál será la que ocasiona el quebrantamiento de las sanas leyes que nos gobiernan constituidas por nuestros antepasados y arregladas a las máximas de Jesucristo? ¿Qué cristiano (mas digo mucho) que ateo se ha dado que persuada a un crecido número de hombres la resurrección a poco de morir en batalla? ¡Qué espanto! ¡Qué error tan craso e increíble se diese en un católico! más es poco. ¿Quién se ha valido de la misma reina del cielo y tierra para persuadir es justa su causa y justificar sus crímenes dándose el nombre de restaurador? Las potencias se ofuscan, el ánimo desfallece, la mano tiembla, y aun la misma pluma repugna declarar la causa de tanta iniquidad. ¿Quién pues en satisfacción pública responderá con acierto qué ha sido el principio de tantos males? ¿Quién?... dígalo este pueblo adolorido envuelto en tiernas lágrimas suspirando desde lo más profundo, postrado ya pues sólo existe por la alta providencia; salga de su aposento el honrado anciano cuyas venerables canas esparcidas por su amedrentado rostro confiesan la ternura y pesar de que está poseído; preséntese la afligida viuda anegada en llanto suspirando la improvisa muerte de su caro esposo: publíquelo las familias todas reducidas a la indigencia inesperada y sin discrepar unánimemente confirmarán ser la causa unos hombres inicuos, deseosos de la libertad, olvidados de Dios y de sí mismos, infieles a la patria,

enemigos del suelo en que nacieron, rebeldes contumaces que sólo anhelan a la aniquilación de la Iglesia y sus ministros, de las potestades, de los coordinados establecimientos del hombre de bien y temeroso de Dios; unos frenéticos deseosos se ponga en perpetuo olvido, no sólo en los reinos sino en los corazones de los hombres, la dulce y sonora voz de paz tan recomendada por el sumo legislador, por el ejemplo de la obediencia y completa abnegación de sí mismo; necios que habiendo sido nutridos y educados desde su infancia en la saludable y santa doctrina del evangelio, recibéndola de sus padres con más puntualidad que el sustento natural se ven precisados a confesar su invariabilidad; y a pesar de esto reducidos por su soberbia al estado más pernicioso proceden de intento contra su eterna verdad, contra la doctrina de Jesucristo, abrazando ciegamente el partido de sus malignas inclinaciones, y como lobos acometidos por la hambre declaran guerra a todos los hombres. ¿Guerra?... ¡Ah palabras, cuán disonantes llegáis a mis oídos! hombres erróneamente entusiasmados ¿hasta cuándo durará vuestra pertinacia? ¿Hasta que tiempo cesaréis de maquinar las ruinas de la monarquía, de vuestros padres, deudos y de vosotros mismos? ¿Cómo habéis cegado que no veis los males que os amenazan? ¿Cómo del todo olvidasteis las máximas de vuestros antepasados? ¿Qué causa os movió a poner en perpetuo olvido la sana doctrina en que desde la niñez habéis sido nutridos? ¿Nada os mueve para desistir de vuestra empresa el santo evangelio? ¿Nada el íntimo testimonio de vuestras conciencias, nada la violencia que sin cesar experimentáis en la nobleza de vuestra sangre? ¿Ni menos la benignidad de un jefe que como padre se ha ofrecido al perdón, como pastor os ha solicitado y llamado con repetidas amonestaciones, y como piadoso no quiere ver vertida la sangre humana, sino que se conserve en el perpetuo olvido de los yerros? ¿Nada os mueve, repito con dolor de mi alma, las desgracias y daño experimentados? ¿Nada el estruendo del cañón y pertrechos de guerra que están preparados para destruirlos? ¿Nada el

azote de la mano invisible que habéis visto casi físicamente aniquilares? ¿De ningún modo os hacen reflejar los éxitos de vuestras empresas, o de tal modo las miráis que juzgáis son cosas dignas de atención? Mirad a vuestra bandera colocada en el monte de las Cruces publicando victoria por todas partes: preguntad al puente de Calderón qué es de vuestras armas, dígalo Guadalajara testigo ocular de la acción, cuéntelo el Potosí, publíquelo Guanajuato, hágalo saber a voz de pregón Valladolid, el campo de Aculco y el reino todo; confesadlo vosotros mismos, no lo queráis encubrir, poned atención, filosofad las circunstancias que concurrieron en todos los choques, y hallareis no estar sujetos a las fuerzas naturales todos y cada uno de los sucesos; de donde forzosamente deduciréis que el Dios omnipotente os destruye, que está sosteniendo con su inexpugnable brazo a los fieles vasallos y habitantes, y protegiendo el debido entusiasmo que han tomado en defender las leyes, la patria y religión, que no quiere prevalezcan los intentos del impío, y sí que sean sumergidos enteramente. Si estos se os hace patente ¿cómo queréis dar el lleno a vuestras ideas si inmediatamente se versan contra el Creador? ¿Cómo solicitáis obtener el relevado nombre de victoriosos si peleáis contra el Todopoderoso? ¿Cómo alevosamente os releváis y con el más inaudito frenesí os oponéis al que os sacó de la nada? en vano trabajáis, vuestros desvelos son sin fruto, vuestro capitán tiene ninguna pericia para la victoria: ¿Mas que digo victoria siendo moralmente imposible la permanencia? Es inconcuso y todas vuestras providencias se desaparecerán como el humo, y fiaran por el suelo con un *fiat*.

Mas ¡ah dolor! me parece os estoy oyendo y quiero ya percibir las venenosas palabras que como saetas devoradoras salen de vuestros corazones, aconsejándoos mutuamente: no hagáis caso, el autor tenía poco que hacer, y por tanto se ha ocupado inútilmente en querernos desmayar de nuestra justa empresa, hay se lo diremos cuando quizás caiga en nuestras manos. ¡Ah insensatos destituidos de la razón! ¡Ah tiempos

calamitosos! ¡Ah época lamentable! Un Catilina podemos decir, fue fiel a la patria; un Nerón está ya borrado del libro de los crueles; un Herodes, esto y persuadido, fue ninguna su avaricia, y menos su humanidad; es cuanto se puede decir para formar una idea clara de los Nerones de estos tiempos, de los rebeldes de esta lamentable época, y de los avarientos e inhumanos que indignamente pisan este suelo mexicano.

Digo que ha excedido la rebelión y crueldad de los insurgentes a la de estos ímprobos; y de facto se manifiesta si el lector se sirve prestar una corta atención.

Los senadores romanos clamaban contra la conjuración de Catilina por estar sus vidas en evidente peligro en el campo, en la ciudad, en el senado y entre sus mismas paredes sino se tomaban serias providencias para desterrar o borrar de la existencia al malvado; más los rebeldes de hoy no sólo amenazan con fuego y sangre a los senadores y jefes de la nación, sino a todo un reino; no se sabe que Roma fuese reducida a la indigencia y calamidad por aquel, y por estos lo experimentamos del modo más vivo y penetrante. Herodes mandó quitar la vida a los inocentes, más los crueles de América no sólo mandan, sino que obran; no ofenden sólo a los inocentes, sino a un número tan crecido, que desaparece del cálculo, regocijándose en ver envolverse en la sangre al anciano, al joven, a la mujer, al niño. ¿Y cuántos habrán ejecutado sus iniquidades con sus propios padres? ¿Y cuantas mujeres se habrán vestido de gala para ver morir a sus esposos? ¡Qué horror!...

Despertad ya del funesto letargo en que días hace os habéis sumergido; ya es tiempo os levantéis del tenebroso abismo en que miserablemente os halláis postrados; sacudid el pesado yugo que con falsas apariencias de liviandad pertais a tanta costa; vuelvan a revivir en vuestros corazones los principios en que fuistéis educados; rechazad con empeño, repeled y arrojad de vuestra presencia a los míseros desde la cuna, que frenéticamente siguen la rebelión, que con tanta impiedad impugnan y se oponen a las leyes que nos

gobiernan; reprended a esos tigres y rugientes lobos que lloran por la desavenencia de los ánimos, destrucción de la religión, ruina de la Iglesia, y desprecio de sus sagrados ministros. Evitad las providencias que temerariamente tomaren contra el soberano y magistrados; y si mis ruegos no bastan, o mis débiles expresiones no os convencen de vuestro error, oíd con atención a todos vuestros semejantes, extendad la vista por este antes feliz, y ahora desgraciado reino mexicano, y veréis venir al venerable anciano triste, melancólico, compungido y reducido al estado más lastimoso, manifestando exteriormente la melancolía y pesar, que como de un fuerte muro se ha apoderado de su corazón. Escuchad atentos y oiréis el llanto del inocente niño que tiernamente se lamenta en la soledad y olvido, por la hambre y sed a que los redujisteis, dando alevosamente la muerte a sus padres; traed a la memoria las borrascas que han padecido los reinos y provincias, y allí examinareis vivamente el fin que tuvieron los causantes y las bonanzas que produjeron.

Despertad pues, despertad os ruego vivamente, envainad la espada de la ira, no perezcaís miserablemente en la ruina de vuestros delitos; todavía hay lugar, venid sin temor a la casa de vuestro padre; presentaos sin recelo a un jefe que está con los brazos abiertos para recibirlos y estrecharlos como a sus más caros amigos; no esperéis venir cuando halléis cerradas las puertas de la misericordia, y en justo castigo de vuestros arrojados, os veáis huérfanos y prófugos por los montes, valles, ríos y mares pasando de uno a otro extremo sin hallar quien os albergue ni se duela de veros errantes; el mismo suelo clamará y con sordas voces os dirá apartaos, no me es posible sufrir ni sostener a unos hombres que me han dado sangre humana por sustento, habiéndoles yo apagado el hambre y sed con saludables frutos y refrigerantes aguas; con no menos solicitud y empeño dirán los mares que se llenan de fetidez si albergan en su seno a unos cuerpos pútridos y hediondos; el gusano de la conciencia os atormentará sin cesar, vuestro corazón oprimido no hallará más

consuelo que el de la muerte. Sondead os repito mis débiles razones, y veréis que solamente conseguiréis la muerte y llanto para vuestra futura descendencia.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602